

insostenible para el enemigo; entonces arrojaremos nuestro puente; los buques destinados á formarla están reunidos ya en San Lúcar. Tal es mi modo de ver.

Por lo que respecta al equinoccio, pienso también que solo por poco tiempo verán contrariadas por él nuestras operaciones marítimas.

Dueños de la isla de León, bombardearemos á Cádiz, si la plaza insiste en no entregar el rey. Hubiera sido de desear que hubiésemos podido hacerlo inmediatamente después de la toma del Trocadero, pero esto no ha sido posible, y las tentativas hechas desde entonces, faltas de una ventajosa organización de los medios, naturalmente tan inciertos en el mar, han ocasionado una pérdida de tiempo. Pero durante todo el tiempo de las operaciones de que ya he tenido el honor de hablar á V. E., espero que al fin se organizarán nuestras bombardas y cañoneras.

Todo lo que acabo de decir, monseñor, os demostrará sin duda que deseo tanto como otro cualquiera evitar las desastrosas consecuencias que podría producir la menor flojedad en nuestros esfuerzos contra Cádiz. En manera alguna me intimidan los obstáculos que nos es preciso vencer. Aunque fuesen diez veces mayores, no debemos, no podemos renunciar á nuestra empresa sin deshonrarnos. Todos, á mi parecer, están de acuerdo acerca del particular, y la presencia de monseñor hará que cada cual cumpla su deber. Si no es dentro de quince días, será dentro de un mes, será dentro de un año cuando coronemos nuestra noble empresa. *Pero será*, y creo que dentro de poco tiempo.

Toda la cuestión de España se cifra en esto, como vos decís, monseñor, y no en las escenas más ó menos violentas que pasan en el interior de la península.

Sigo igualmente el consejo que me da V. E. de encerrar en mi corazón todo el desprecio y todo el resentimiento que deben inspirarme ciertas cosas. Sé lo que se fragua en España y en el mismo París contra mí; pero alejo enteramente de esto mi pensamiento, para fijarlo tan solo en el grande y único objeto: la rendición de Cádiz. Después nos veremos.

Os ruego aceptéis, monseñor, el homenaje de mi respetuosa adhesión.

CONDE DE GUILLEMINOT.

M. Hyde de Neuville á M. de Chateaubriand.

Lisboa 14 de setiembre de 1825.

Mi muy honorable amigo:

M. Roth os entregará esta carta y también mi despacho, gabinete número 2, que os explica la misión de que está encargado. Mañana, tal vez dentro de dos días sabremos que Cádiz se ha entregado; pero sin duda aprobaréis que en punto á deberes nunca me abandone á conjeturas. Creo que para servir bien es preciso marchar sin detenerse; mañana, pues, hago trabajar en la construcción de remos y sucesivamente los remos á Cádiz. Vereis además, por una copia de la carta del mayor general, que M. Gross acaba de enviarme, hasta qué punto es urgente el envío de estos remos; mañana iré yo mismo á dar prisa á los trabajadores, y todo marchará con la celeridad posible. Este ministerio me ha comunicado una carta dirigida desde nuestro campamento al gobierno de Cádiz; transmitida por los facciosos de Londres, y comunicada en dicha capital al representante de S. M. F. Confieso que no es así como debiera hablarse... Que el rey de España libre, de instituciones á sus pueblos; que suprima la Inquisición, etc., etc.; que reciba nuestros consejos. todo esto puede ser lo mejor del mundo; yo soy el partidario más celoso de las libertades de mi patria, y no quiero predicar el absolutismo en otras partes; ¿pero qué interés tenemos ó podemos tener en hacer promesas á los Comuneros? Estas concesio-

nes se hacen siempre en pro del espíritu de sedición. No discutamos el estado de cosas que seguirá, si es nuestro ánimo sacar incólume el principio, no nos ocultemos que la Inglaterra, que mira casi con risa lo que llamamos nuestros bloqueos, no omite medio alguno, si bien aparenta atribuirle escasa importancia, para que aceptemos su mediación. Aquí se ha querido tocar esta cuerda, mas yo he respondido con la moderación al paso que con la dignidad propias de un embajador de Francia; posteriormente no ha vuelto á hablarse de este término medio, y he visto con placer en una larga entrevista que he tenido con el rey, que S. M. estaba persuadido de que no debía confiarse á los ingleses el cuidado de volver á levantar por sí solos los tronos legítimos; he visto también que este excelente príncipe, porque me ha hablado como un hombre de buena fe, nada desea más que entenderse con nosotros, y que se vería con placer emancipado; empleo aquí una de las palabras de sus ministros. ¿Pero qué hacemos para atraernos á él y á su pueblo? Estaba cautivo, lo sabíamos y él lo sabía igualmente; y la Francia se hacía decir y repetir todos los días. «Nosotros no queremos mezclarnos en nada y para nada en vuestros asuntos»; y el pobre rey se creía esclavizado para siempre, porque ni siquiera se le compadecía en ninguna parte. Hacedos comunicar la carta del 27 de abril del general conde de Grundler, con motivo de la entrada de Amarante en España, y que va dirigida al general Madureira, en Búrgos: me parece que se podía decir en otros términos al leal Amante: *No podemos tener comunicación alguna con vuestras tropas*; á M. de Villa-Flor le ha costado trabajo obtener su audiencia, y las primeras palabras han sido poco más ó menos estas: *Para nada os necesitamos*. S. M. F. espera todavía la respuesta á su carta... Debo confiaros estos detalles; haced uso de ellos en beneficio nuestro, en favor del príncipe á quien amamos, y también para que se deje de rechazar, por decirlo así, á un gobierno que desea marchar de acuerdo con nosotros.

Examinad, pues, con esa sabiduría caballeresca propia de vuestro carácter, la principal cuestión que someto en mi despacho á vuestro juicio. Si Cádiz se resiste, ¿por qué no aceptar el auxilio de los portugueses? y sino se resiste, pero la España continúa agitada, ¿por qué no aprovechar esta ocasión de unirnos estrechamente con el Portugal, creándole un ejército realista, en el que entrarían naturalmente los amigos del joven príncipe, los compañeros de gloria de Amarante, y todos esos militares reformados por Beresford? Pero se nos preguntará: ¿Y la Inglaterra? Ni vos ni yo estamos en el caso de creer que deba siempre atenderse á lo que esa nación quiere y desea; creo por el contrario, que es preciso atender á lo que quiere para librarse de ello. Pero en fin, que en este caso quiera ó no quiera, ¿qué razón satisfactoria puede alegar para desviar al Portugal del cuidado de su propia conservación? ¿Podría sin una especie de impudencia parecerle mal que nuestro oro sirviese para asegurar la tranquilidad de este reino? ¿No envía ella buques y fragatas al Tajo, como efecto moral, según se asegura? Pues bien: ¿No podemos nosotros servir de una manera aun más útil á la nación portuguesa, ayudándola á rechazar los facciosos que amenazan sus fronteras y que procuran además insurreccionar sus tropas?

Adios, autorizadme á responder de una manera favorable á este gobierno, y tomaremos ó volveremos á tomar el Portugal á los ingleses.

HYDE DE NEUVILLE.

M. de Chateaubriand al príncipe de Polignac.

París 15 de setiembre de 1825.

Los periódicos os dirán aproximadamente, noble

príncipe, el estado de cosas delante de Cádiz. Hé aquí los detalles oficiales: Alava ha llegado al Puerto de Santa María, portador de una carta de Fernando para el duque de Angulema, en la que se pedía un armisticio; pero el duque se negó á ver á Alava, y ha envidiado al de Guiche á llevar su respuesta á Fernando. Esta respuesta niega rotundamente el armisticio y declara que el duque de Angulema no accederá á entrar en tratos hasta que el rey, ya en libertad, vaya al campamento francés, á Chiclana ó al Puerto de Santa María. El duque de Angulema se conduce realmente de la manera más admirable. Por lo demás se muestra en sus cartas lleno de confianza en un fin próximo y venturoso.

Sir Carlos Stuart clama mucho aquí contra sir William A'Court, y dice que, al ofrecer su mediación ha extralimitado sus poderes. Pero habéis advertido que sir W. A'Court dice positivamente en su carta que está autorizado á *intervenir*, cuando una de las dos partes lo reclame. Es evidente que sir Carlos solo clama porque la negativa al ofrecimiento de la intervención, por parte del duque de Angulema, es un nuevo desengaño para la Inglaterra. Callemos acerca de todo esto; seamos modestos, que siempre será ocasión oportuna de triunfar después de la victoria completa, ahora recordemos únicamente que aun no tenemos en nuestro poder á Fernando.

Enteramente vuestro, noble príncipe.

CHATEAUBRIAND.

P. D.

Esta mañana ha llegado á mis manos vuestra carta confidencial núm. 10.

M. de Chateaubriand á M. de Talaru.

París 18 de setiembre de 1825.

Mi querido amigo:

Acabo de recibir vuestro despacho del 13, núm. 87. En el encuentro vuestra breve posdata y la carta de monseñor el duque de Angulema. Me pedís vuestras instrucciones; no tengo ninguna otra que comunicaros en este momento que las que ya habéis recibido del rey. Me es imposible adivinar la posición en que os encontrareis al llegar al Puerto de Santa María, y las materias acerca de las que seréis llamado á deliberar. En todo estais absolutamente á las órdenes del príncipe generalísimo, mientras permanezca en España. Obedeceréis su voluntad, y le ayudareis con vuestros consejos, cuando tenga por conveniente pedirlos. Me consta que el presidente del consejo, queriendo evitar á monseñor las importunidades de la regencia, le ha mandado referirse á vos en toda la parte política de su misión. En este caso no se trataría sino de los negocios corrientes entre la regencia y el príncipe. Si por el contrario, se trata de la libertad del rey y de las estipulaciones que serían su resultado; ¿cómo juzgar de antemano de lo que podéis hacer y de las dificultades en que os vereis envuelto? Hay, sin embargo, un principio seguro y que no puede engañaros: esto es, que no puede hacerse legalmente ninguna concesión política, antes que el rey esté en libertad. Concesiones militares y personales podrán hacerse siempre que se quiera y tan largamente como se quiera. Luego puede prometerse que obligaremos al rey, ya libre, á hacer en beneficio de sus pueblos todo lo que las necesidades de estos reclaman.

Desconfiad, no obstante, mi querido amigo, de una cosa: de las negociaciones sin cesar revocadas, y que no conduzcan á un pronto desahuce, y podrían haber sido entabladas con el fin de llegar á la estación desfavorable para nosotros, debilitar el ardor de nuestras tropas y escaparse durante el invierno, cuando el bloqueo habrá forzosamente de ser muy incomple-

to. Las operaciones militares deben proseguir con todo el vigor posible, aun en medio de las negociaciones. Si podemos hacernos dueños de la isla de León, esto anticipará mucho el tratado, porque no hay cosa que abrevie tanto una empresa de este género, como los cañonazos. Han transcurrido ya diez y ocho días desde la toma del Trocadero, y esto es mucho tiempo.

No es dudoso que, si hay alguna capitulación política, vos sois quien debereis firmarla, ó mas bien firmarla á la par de monseñor el duque de Angulema. Las convenciones militares no son de vuestra incumbencia.

Vuelvo á ocuparme de la firma de un tratado. Si el rey estuviese en libertad, monseñor el duque de Angulema podría firmar solo con él un tratado cualquiera; pero si debe celebrarse alguno por conducto de un ministro, monseñor no puede firmar, y en tal caso, os delegará sus poderes y firmareis. Como monseñor tiene los plenos poderes del rey, no necesitará sin duda poner al tratado la reserva de la ratificación de S. M.

Me ha parecido oportuno daros estos detalles.

Villele está en la persuasión de que no habéis sido enviado al Puerto de Santa María sino porque todo está convenido entre el príncipe y las autoridades de Cádiz. No soy de su parecer; y aun el contexto de la carta de monseñor me haría creer que no se trata todavía sino de asuntos políticos en general.

Ocupais, mi querido amigo, un puesto en que me felicito de haberos colocado, para que adquirais honor y gloria.

Enteramente vuestro con todo mi corazón.

CHATEAUBRIAND.

P. D.

No os hablo de las cinco proposiciones de M. Bulgari, que son más positivas que las de Jansenio. ¿Cómo! De nada menos quería tratar que del asunto de las colonias españolas, y no echaba de ver que esto hubiera sido comover el mundo; ¡cuán aprisa caminan estos señores!

Poned mis profundos respetos á los pies de monseñor, que se ha atraído el respeto y la admiración de todo el mundo. Todas las córtes me escriben himnos en su elogio: los del emperador de Rusia son inagotables.

M. de Chateaubriand á M. de Polignac.

París 5 de octubre de 1825.

Por mi carta confidencial vereis, noble príncipe, lo que es preciso respondais á M. Canning. Ahora no podemos dejar de desechar su proposición, que es bastante odiosa; porque no pedimos que entremos en un pacto con Inglaterra para despojar á España de sus colonias, en los momentos mismos por la libertad de su rey, es un juego doble que la Francia tiene demasiada nobleza para jugar. Solo una cosa tengo que añadir á la carta confidencial cuyo fondo he explicado: esto es, que al rechazar esa proposición, es preciso hacerlo con mucho tino y gran cortesía; hasta es preciso no cerrar rigurosamente todo camino á una futura negociación, porque es preciso prever el caso en que la locura de Fernando y la obstinación española no quieran prestarse á ningún prudente arreglo relativamente á las colonias, y en que la Inglaterra, tomando su partido, obligase también á la Francia á tomar el suyo. Pero manteniéndonos en esta medida, y sobre todo haciendo entender que la cuestión de las colonias es una de esas trascendentales cuestiones que debe ser ventilada en común con todos los aliados, y que ninguno debe convertir en su particular provecho, esta franca conducta contrariará

mucho los planes de la Inglaterra, porque temerá malquistarse con el continente.

Ya veis, noble príncipe, que no se trata ahora de entablar negociaciones; que si la Inglaterra tiene un interés en apremiar, nosotros lo tenemos en esperar, puesto que ante todo necesitamos el desenlace de los asuntos de España. Ya veremos, si se entabla en lo sucesivo la negociación particular entre nosotros y la Inglaterra, qué medio sería conveniente escoger para seguirla; pero en realidad no hay sino dos: ó por vos, ó por medio de notas, porque nunca podrá tratarse aquí del embajador de Inglaterra.

Declarareis formalmente, sobre todo á M. Canning, que en manera alguna es nuestro ánimo obrar contra las colonias españolas á mano armada.

Enteramente vuestro, noble príncipe,

CHATEAUBRIAND.

M. de Chateaubriand á M. de Talaru.

Paris 7 de octubre de 1825.

No sé ya, mi querido amigo, cómo vais á salir de este galimatías; todo Madrid ha quedado despoblado al recibirse la primera noticia, y la conferencia va á unirse á vos al Puerto de Santa María. Os encargo muy expresamente una cosa: que ocultéis vuestro descontento y el de monseñor. Es preciso especialmente halagar á la Rusia, porque el Austria y la Inglaterra hacen todo lo que pueden para separarla de nosotros. El emperador es voluble, y ha tenido un principio de enojo, que solo yo he aplacado. ¿Pensáis cuál sería nuestra situación, siéndonos contraria ó poco propicia la Europa, si los asuntos se complicasen ó prolongasen; si, por ejemplo, los revolucionarios se llevasen al rey á América, y si, por consiguiente, la España se nos quedase en los brazos? ¿No es evidente que en estos casos la Europa intervendría, si estaba mal dispuesta? ¿Creis que el Austria sufriría nuestra ocupacion militar indefinida? ¿Que la Inglaterra no haría valer los derechos de la reina de Portugal, etc.? Hé aquí una complicacion inesperada. Las cortes han reconocido en nombre de Fernando, la independencia de la república de Buenos-Aires. Bien conocéis que Canning, que nos hace pedir que entremos en negociaciones acerca de las colonias españolas, sabía esto y se preparaba por lo mismo á reconocer la independencia de estas colonias, que nos dirá

NEGOCIACIONES.—COLONIAS ESPAÑOLAS.

II.

Expedicion militar.

Aquí terminan las cartas escritas desde el principio hasta el fin de la guerra de España. Durante el curso de esta correspondencia, nuestros soldados caminaban á la victoria, cuyo camino les facilitaban nuestros despachos.

Desde el cuartel general de Bayona, con fecha 3 de abril de 1823, monseñor el Delfín, publicó la siguiente orden del día:

«¡Soldados! La confianza del rey me ha colocado á vuestro frente para desempeñar la mas noble mision. No es el espíritu de conquista el que nos ha hecho coger las armas; mas generoso es el espíritu que nos anima: vamos á reponer un rey en su trono, á reconciliar un pueblo con su soberano, y á restaurar en un país que ahora es presa de la anarquía, el orden necesario á la dicha y seguridad de aquel Estado y el nuestro.

ha sido reconocida por el rey legítimo. Todo esto, como veis, es un inmenso origen de discordias y de acontecimientos. De nuevo os lo repito, mi querido amigo, predica la paciencia al príncipe; hacédele presentes todos los peligros de la política; estos diplomáticos de escalera abajo son odiosos, pero es de absoluta necesidad tratarlos bien, sufríroslos, sobrelevar el fastidio y las fatigas de las conferencias, contemporizar, devorar las insolencias y las inutilidades, hasta que llegue el gran suceso. Necesitamos de la alianza para defendernos de la Inglaterra, y en esta alianza, necesitamos á la Rusia.

No tenemos noticias posteriores á las del 28, porque todavía no hemos recibido esta mañana la estafeta del 29. La carta de Fernando, presenta en mi concepto, todos los caracteres de la falsedad, aunque no sea sino por su franqueza y su exageracion. Sospecho que toda esa escena de las banderas blancas, ha sido inventada para impedir el desembarco en la isla de Leon, conseguir un armisticio, esperar los vientos del equinoccio y embarcarse con el rey. Si este fuera el lazo que os tienden, no habríais en mucho tiempo reparado en el puesto que desde el 29 habeis dado principio á las hostilidades; pero siempre con veinticuatro horas perdidas, y en esta estacion es una gran desgracia. Vuelvo á ocuparme de ese navío, el *Asia*: estad seguro que la marina inglesa no habria dejado de encontrar medio de atacarlo y destruirlo aunque hubiera sido bajo el cañon de Cádiz. Mientras ese exista, no habrá seguridad para nosotros.

He recibido vuestra carta del 29. El *Post-scriptum*, explica el rompimiento de las negociaciones. Monseñor ha escrito por su parte enviando la nueva carta del rey y las condiciones del armisticio. Estas condiciones eran ridiculas y las habian hecho exigentes, sin duda para tener ocasion de rebajarlas algo. Si no se tratara mas que de dejar por un mes solo á Cádiz para que las cortes se embarcaran, no vería grande inconveniente en concedérselo. Ocupemos la isla de Leon y nuestra empresa irá acercándose á su término; pero sobre todo queremos el *Asia*, ese buque es nuestro verdadero peligro. Me complace de que todas mis conjeturas hayan salido infundadas. Estamos sin despachos telegráficos, por consiguiente, es de presumir que nada de nuevo ha ocurrido hasta el día 1.º ó hasta el 2, no siendo que el mal tiempo haya interceptado la comunicacion; está lloviendo, y ayer ha dominado el viento.

«¡Soldados! respetareis y hareis respetar la religion, las leyes y la propiedad, y de esa manera conseguireis que me sea fácil el cumplimiento del deber que me he impuesto de sostener las leyes y la mas exacta disciplina.»

El 7 se pasó el Vidasoa y principió el bloqueo de San Sebastian. El segundo cuerpo de ejército, mandado por el conde Molitor, penetró al mismo tiempo en España por Roncesvalles. Los italianos y emigrados franceses, reunidos en el puente del Vidasoa, al ver la artillería francesa gritaron; *Viva la artillería!* El mariscal de campo Vallin, contestó mandando hacer fuego contra los emigrados. Esa voz de mando decidió el éxito de la campaña; el genio de Luis XIV, desde la isla de la conferencia y muros de Fuenterrabía, parecía proteger el destino de su nieto.

Irun, Tolosa, Villafranca, Pancorbo, Vitoria y Guetaria, fueron tomadas el 9, el 10, el 14 y el 17 de abril.

El rey de España, arrebatado de Madrid por las cortes, habia llegado á Sevilla.

La plaza de Figueras fue tomada el 25 de abril, y Olot ocupado el 3 de mayo. Logroño hizo alguna resistencia. El 9 de mayo estableció el duque de Angulema su cuartel general en Búrgos, y el 17 en Buitrago.

Mina se batia bien al volverse á querer apoderar de Vich. Donadieu le perseguía con viveza, inteligencia y bravura.

El general Bourcke, y el general Rochejaquequin, el acuchillado, proseguian su movimiento hácia Asturias.

Molitor, dando frente á Ballesteros, ocupó el reino de Valencia.

El 24 de mayo entró monseñor el duque de Angulema en Madrid, al frente de un cuerpo de reserva.

El 17 de junio Fernando VII y su familia fueron llevados á Cádiz. El conde de Bordesoulle penetró en Andalucía, ocupó Córdoba á tiempo que el conde de Bourmont se estableció en Mérida.

Molitor llegó á Murcia. El 13 de julio ocurrió un choque de alguna consideracion en Lorca, de cuyo punto se apoderaron por asalto las tropas francesas.

El 16 de junio llegó el ejército expedicionario delante de la isla de Leon y del Trocadero. Monseñor el duque de Angulema se hallaba presente, y Molitor venia en pos de él.

Ballesteros se acercó á Cádiz por el reino de Granada, y Bordesoulle venia por el lado de Estremadura. Se habian multiplicado los combates, y entre Ballesteros y Molitor se andaba ajustando un convenio.

El 19 de agosto se abrieron trincheras delante del Trocadero. El 31 se hicieron los franceses dueños de este punto y del fuerte de San Luis. Habia sido preciso pasar por una cortadura, cuyo ancho eran 35 toesas, y su profundidad 4 y 1/2 piés durante la baja mar. Allí volvió á brillar aquella intrepidez francesa de que hace poco han vuelto á ser testigos los muros de Constantino: con tales tropas no hay que admirarse de que la Francia se empeñe en salir del estado en que la dejó la batalla de Waterloo, S. A. R. manifestó en aquella ocasion un valor que entregó, por decirlo así, á su ejército aquella España entera que resistió á la gloria y al genio de Napoleon.

El príncipe de Carignan, que hoy vemos en el trono de Cerdeña, atravesó mezclado con los soldados franceses la cortadura, y todavía conserva y enseña con orgullo en su palacio las charreteras de granadero con que le decoraron los franceses en aquella ocasion.

El 10 de setiembre principió el general Lauriston el sitio contra Pamplona.

El duque de Angulema, queriendo sitiar á Cádiz y hacerse dueño de la isla de Leon, se apoderó el 20 de setiembre del castillo de Sancti-Petri. El 23 principió el bombardeo contra Cádiz, y la Gran Bretaña, la reina de los mares, nos vió, sin atreverse á impedirlo, triunfar en su imperio.

El 28, el duque de Angulema al visitar la línea de ataque contra la isla de Leon, se expuso en un largo trayecto de 4,100 toesas, al fuego de las baterías españolas. Habiéndole un proyectil cubierto de ruinas, exclamó: «Convendreis, señores, en que si me matan, será en buena sociedad, y á la francesa.»

¡Por qué no dió en el blanco aquella bala!

El 1.º de octubre, las cortes viéndose amenazadas de un sitio en Cádiz, y abandonadas de sus ejércitos que habian capitulado, despues de varias idas y venidas, devolvieron el poder y la libertad á Fernando: este soberano habia sido á la vez declarado loco, destronado y cautivo, en una de aquellas escenas ignominiosas de que tanto abunda la revolucion francesa. Despues de haber dado ese paseo á lo Viteño, Fernando recobraba su independencia y regresaba radiante á sus Estados. Rey de sus carceleros, acompañado de

todos los individuos de su familia, desplegó las velas del buque que lo conducia entre el estrépito de las salvas de artillería de la plaza y de toda la costa: en medio de la humareda de los disparos, parecia un vencedor que regresaba triunfante de una gran batalla. El cielo estaba magníficamente sereno. Fe nando llegó al Puerto de Santa María á las once y media, y fue recibido por monseñor el duque de Angulema. El nieto de Luis XIV dobló la rodilla y presentó su espada al otro nieto del gran rey. ¡Magnífica escena en la extremidad de la Europa, á la orilla de aquel mar que sirve de lecho al sol, ¡solisque cubilia Gades!

De esa manera se realizó la emancipacion de Fernando sobre la última roca de las Españas, en el mismo lugar donde tuvo principio la revolucion.

¿Dónde está aquel monarca? ¿Y el príncipe libertador dónde está? Habiendo hecho homenaje de su espada, se encontró desarmado cuando la suerte le hizo sentir su rigor.

III.

Alegría.—Diversas capacidades de los hombres. — Como fuimos recibidos en la corte.

DESPACHO TELEGRÁFICO.

Puerto de Santa María 1.º de octubre de 1825.

«El rey y la familia real, han llegado hoy á las once y media al puerto de Santa María.»

Este despacho, y los cien cañonazos que anunciaron la emancipacion de Fernando, me hicieron casi enfermar de alegría, no porque personalmente nos interesara el recobramiento de un monarca detestable (*haïssable*); no porque creyéramos que todo estaba concluido, sino porque sentíamos un verdadero transporte de júbilo al pensar que la Francia iba á renacer poderosa y temible; porque éramos nosotros los que la habíamos ayudado á levantarse de entre los piés de sus enemigos, y le habíamos puesto la espada en la mano; sentíamos un estremecimiento de honor igual al del amor que profesábamos á nuestra patria.

Al mismo tiempo nos veíamos abrumados de un enorme peso, si hubiéramos dicho una palabra, si hubiéramos tenido miedo, si hubiéramos instado á M. de Villele para que aceptara la mediacion de Inglaterra, habria abrazado este ministro el partido de la paz; desgraciadamente lo que convenia á su moderacion no correspondia con otra cosa que hablaba en nuestro pecho. Pero ¿qué habríamos podido hacer si nuestras esperanzas hubieran sido contrarestadas por la desgracia? El único partido que nos quedaba, era arrojarnos al Sena.

Despues de ese primer éxtasis de placer experimentamos cierta legítima satisfaccion personal: no pudimos menos de confesar en nuestro interior que en política valíamos tanto como en literatura, si es que en realidad valemos algo en ella. Era ya imposible negar la utilidad de nuestro plan en lo exterior, al mismo tiempo que tambien habíamos creado en lo interior un presupuesto en el que supimos abarcar todos los detalles de un ministerio como podria haberlo hecho el hombre de mas práctica. Decimos esto para infundir valor á los literatos y poner en evidencia el verdadero alcance de los *espíritus positivos*. Por lo que á nosotros toca confesamos no tener el menor deseo de conservar un puesto en sus filas, no teniendo la menor consideracion del ordinario talento político: cualquiera dependiente es un águila en esta topera.

«No queria darles á entender, dice Alfieri (al rehusar la embajada con que los ministros del rey de Cerdeña querian favorecerlo) que su diplomacia y sus despachos me parecian, y lo eran efectivamente para mí, menos importantes que mis tragedias, y hasta las de otros; pero es imposible traer á razon á esa